

## COMENTARIO A LA LITURGIA DEL DOMINGO

*«El que se enaltece será humillado y el que se humilla será enaltecido»*

La palabra del Señor comienza por recordarnos el consejo de un anciano venerable. Era fruto de su sabia experiencia de la vida. Se trata de una recomendación dirigida a las generaciones jóvenes de aquellos israelitas que, deportados y en el exilio, tenían que vivir entre paganos; una convicción con la que hoy quiere advertirnos el Señor cuál es la actitud fundamental para tener éxito en la vida: Hijo mío, en tus asuntos procede con humildad y te querrán más que al hombre generoso.

Hazte pequeño en las grandezas humanas, y alcanzarás el favor de Dios. Frente a la vaciedad del ambiente pagano en que aquellos jóvenes tenían que moverse; frente a las ambiciones fomentadas por los que en ellas sostienen su poder alienante; frente al engaño de dejarse seducir por las migajas de los que alimentan cualquier vanidad, con tal de seguir dominando; frente a toda tentación de superarse a base de ponerse por delante y por encima de los demás... aquel sabio anciano les daba el antídoto para ser libres de verdad, salvaguardando la feliz experiencia de una vida lograda: ante toda grandeza humana, ¡hazte pequeño! y alcanzarás el favor de Dios. Hoy es el mismo Señor Jesús quien nos quiere aclarar dónde radica la fuerza liberadora de esta medicina contra toda vanidad engañosa; y cuál es el camino para conseguirla. Aprovecha para ello una ocasión que, ni pintada, se la podrían ofrecer mejor. Imaginemos la escena que nos proclama hoy el Evangelio.

Era sábado aquel día. Como buenos practicantes, Jesús y sus discípulos acudieron al oficio litúrgico de la sinagoga. Al salir, uno de los principales fariseos les invitó a comer en su casa. Jesús aceptó. Al entrar en casa de aquel fariseo, notó cómo los demás fariseos, que habían sido también convidados, le estaban espiando. Jesús no se inmuta y observa cómo, al acercarse a la mesa, se disputaban los primeros puestos. El Señor se topa así, de lleno, con todo ese mundo de las preferencias marcadas por el protocolo de un grupo jerarquizado. En su interior, surge la pregunta con la que Él siempre juzga lo que ve: «¿Qué pensará de todo esto mi Padre?». Él comparte con los judíos su convicción de que la mesa, donde unos comensales se sientan para compartir los bienes de la tierra donada Dios, es siempre signo anticipado de otro banquete: ese que Dios prepara en su Reino, para los que acudan a su invitación.

Y, así, toma nota de las razones con las que aquellos fariseos disputaban su derecho a los puestos preferentes. Y, luego, las va comparando con las preferencias de su Padre. Y va fraguando la parábola con la que hoy quiere inculcarnos las razones de Dios frente a la vanidad humana: ¿Para quienes serán los primeros puestos en el Reino de los cielos? ¿Cuál será el protocolo de Dios en el banquete de su amor? Y ya en la sobremesa, el Señor plasmó en su parábola el criterio a seguir, conforme al modo de juzgar Dios: Cuando te conviden a una boda, –que es lo más parecido a ese banquete de Dios donde celebraremos su amor–, no te sientes en el puesto principal, no sea que hayan convidado a otro de más categoría que tú; y vendrá el que te convidó a ti y al otro y te dirá: «Cédele el puesto a éste». Entonces, avergonzado, irás a ocupar el último puesto.

Se ve claro que los puestos conseguidos en este mundo no coinciden, necesariamente, con los puestos que dará Dios. Por eso y como aconsejaba a los jóvenes aquel sabio antiguo, el Señor nos recomienda «la humildad para alcanzar el favor de Dios»: cuando te conviden –nos dice–, vete a sentarte en el último puesto, para que cuando venga el que te convidó, te diga: «Amigo, sube más arriba». Entonces quedarás muy bien ante todos los comensales. Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.

Y he aquí la razón que tendrá Dios para ponerte por delante: Cuando des un banquete, no invites a tus amigos y vecinos ricos que pueden corresponderte. Sino, más bien, a los pobres y marginados que no pueden pagarte ahora, pero que lo harán cuando resuciten los justos. Y es que entonces, cuando en vez de luchar por subir te haces pequeño con los que no cuentan haciéndote donación, el banquete que ofreces se parece ya al del Reino que te prepara Dios. Y ese es el éxito de una vida lograda, frente a las falsas aspiraciones que pueden malograrla.